»haberla dicho lo que están diciendo siempre á »cuantos quieren oírlas: *No nos hemos hecho á »nosotras mismas, sino que nos hizo el que »permanece y dura eternamente.* Supongamos »también que, después de decirlo, esta voz se »impusiera silencio á sí misma, y guardándole »todo el universo, como para atender y escuchar »á su Criador, hablase entonces Él sólo y por sí »mismo á aquella alma, y que ésta oyese su pa»labra, no de boca de los hombres, ni de boca de »los ángeles, ni mediante el fragor de las tempes»tades, ni por símbolos ni enigmas, sino del mis»mo Criador que el alma adora en estas criaturas; »y que le oyera, digo, hablar sin ellas, como nos»otros acabamos de experimentarlo, llegando por »un rapto de amor hasta la eterna é inmutable »sabiduría. Supongamos en fin, que esta sublime »contemplación dura siempre; que desaparecen »del espíritu todas las demás cosas que son de »un orden inferior; que sólo aquélla arrebate, »cautive y absorba al contemplador en su gozoso »éxtasis, y que la vida sea eternamente igual á »la clara inteligencia que nosotros hemos tenido »ahora: ¿no sería esto cuanto se le promete al »alma diciendo: *Entra en el gozo de tu Señor*: »*Intra in gaudium Domini tui* (1)?»

(1) «Dicebamus ergo: Si cui sileat tumultus carnis, sileant phantasiæ terræ et aquarum et aeris, sileant et

Tales eran los pensamientos del hijo y de la madre: rebosaban en sus almas la alegría espiritual, el olvido del mundo, el amor de Dios y la aspiración cada vez más ardiente hacia el cielo, que había producido las escenas referidas. Sentados á la ventana de su morada en Ostia, asidos de la mano, y con los ojos y el corazón levantados al cielo, contemplaban sucesivamente la tierra, el mar, los astros, en una palabra, todas las cosas creadas; y hallándolas transitorias y pequeñas, subían juntos, dejando este valle de lá-

poli, et ipsa sibi anima sileat, et transeat se non se cogitando, sileant omnia et imaginariæ revelationes, omnis lingua et omne signum, et quidquid transeundo fit, si cui sileat omnino; quoniam si quis audiat, dicunt te omnia: non ipsa nos fecimus, sed fecit nos qui manet in æternum. His dictis, si jam taceant quoniam erexerunt aurem in eum qui fecit ea; et loquatur ipse solus, non per ea, sed per se ipsum, et audiamus verbum ejus, non per linguam carnis, neque per vocem angeli, nec per sonitum nubis, nec per ænigma similitudinis, sed ipsum quem in his amamus, ipsum sine his audiamus, sicut nunc extendimus nos, et rapida cogitatione attigimus æternam sapientiam super omnia manentem; si continetur hoc, et subtrahantur aliæ visiones longè imparis generis, et hæc una rapiat et absorbeat, et recondat in interiora gaudia spectatorem suum, ut talis sit sempiterna vita, quale fuit hoc momentum intelligentiæ, cui suspiravimus, nonne hoc est: *Intra in gaudium Domini tui?*» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

grimas, á la región de la hermosura imperecedera y del amor eterno.

«Hijo mío, dice Mónica con gravedad y ter»nura, al acabar esta conversación: nada al pre»sente me detiene ya en la tierra, no me resta »en ella cosa alguna, ni sé por qué vivo ya, »hallándose todas mis esperanzas realizadas. Por »una sola cosa deseaba vivir, y era el verte »cristiano y católico antes de mi muerte. Pues »bien, Dios ha hecho mucho más, y una vez »que te veo despreciar la felicidad terrena por »su divino servicio, ¿qué espero ya en el mun»do (1)?»

Más adelante, aprovechando un momento en que Agustín no estaba presente, habló del poco valor de esta vida, y de la felicidad que la muerte acarrea; y como Alipio, Navigio y demás que la oían, admirados de tan varonil virtud, le preguntasen si no sentiría por lo menos morir y dejar el cuerpo lejos de su patria: «¡Oh! no,

(1) «Fili, quantum ad me attinet, nulla jam re delector in hac vita. Quid hic faciam adhuc et cur hic sim nescio, jam consumpta spe hujus sæculi. Unum erat propter quod in hac vita aliquantum immorari cupiebam, ut te christianum catholicum viderem priusquam morerer. Cumulatius hoc mihi Deus meus præstitit, ut te etiam, contempta felicitate terrena, servum ejus videam, quid hic facio?» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

»les contestó, nada hay lejos para Dios: ni hay »que temer se le olvide ó no sepa el lugar donde »reposa mi cuerpo, para resucitarle al fin del »mundo (1).»

Esta abnegación é indiferencia, respecto del lugar de su muerte, era nueva en Santa Mónica, apareciendo preciosa como la última flor que se abre; pues hasta entonces, según San Agustín, siempre se había mostrado preocupada del lugar de su sepultura: habíala hecho construir en Thagaste, y precisamente porque su marido le causó grandes disgustos, quería que su cuerpo reposara en la misma tumba que él. Este deseo había crecido desde que Patricio, volviéndose á Dios, abrazara el Cristianismo; y desde que conducido á la luz, habían disfrutado la inefable ternura de que hemos hablado ya. Por eso, al salir de Africa en busca de Agustín, dió las órdenes necesarias á fin de que, si llegaba á morir, su cuerpo se trasladase á Thagaste; deseando dejar al mundo esta prueba de fidelidad, y queriendo se dijera siempre que, no obstante haber pasado el mar y haber muerto á tanta distancia, sus cenizas reposaban con las de su marido en una misma tumba (2).

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. X.
(2) *Confes.*, lib. IX, cap. XI.

Poco á poco y á medida que Mónica se aproximaba al cielo, estos pensamientos palidecían en ella. Dormir aquí ó allí, en Italia ó en Africa ¿qué importa con tal que vayamos á despertar en la gloria? Siempre que los corazones estén unidos, ¿qué importa que las cenizas reposen ó no en un mismo sepulcro? Patricio estaba en Dios, ella iba también al mismo Dios, y Agustín vendría sin tardar á unirse con ellos; lo demás no merecía la pena.

En tal estado, desprendida y olvidada de todo, no teniendo ya misión en la tierra, sin impaciencia ni temor y con la acostumbrada tranquilidad de ánimo, Mónica esperaba la señal que estaba próxima.

En efecto, cinco días después de la mencionada conversación, fué acometida de fiebre que la obligó á guardar cama. Creyóse al pronto no sería más que un poco de cansancio, ocasionado por el largo viaje; pero ella no se engañó, y entendiendo que la llamaba el Esposo, no pensó más que en prepararse á recibirle.

Pronto lo comprendió mejor; pues estando recogida y orando, tuvo un nuevo arrobamiento y tan dulce y vehemente éxtasis, que puso su cuerpo tan inmóvil como si estuviera muerto. Agustín, Adeodato y Navigio corrieron en su auxilio, y buscaban medios de volverle el sentido, cuando abriendo los ojos suavemente, «¿Adónde es»toy?» dijo asombrada, y para revelar las altas regiones de donde venía, y lo que allí había visto: »Aquí dejaréis enterrada á vuestra madre», añadió (1).

Al oir estas palabras bien claras por cierto, sintió Agustín que de su corazón subía un mar de lágrimas; pero tuvo fuerza suficiente para reprimirlas. No así Navigio que, más débil, exclamó diciendo: «¡Morir, y morir aquí! si al menos »fuese en nuestra patria!» Al percibirlo Mónica, dirigióle una mirada de amable reconvención, y hablando después con Agustín como más fuerte: «Hijo mío, le dijo, ¿oyes lo que dice éste?» Y continuó: «*Enterrad mi cuerpo donde quiera,* »*y no os preocupéis de él; lo que pido y reco*»*miendo eficazmente, es que os acordéis de mí* »*ante el altar del Señor, en cualquier lugar* »*que estéis* (2).»

Desde entonces guardó completo silencio,

(1) «Cum ægrotaret, quodam die defectum animæ passa est, et paululum subtracta a presentibus. Nos concurrimus, sed cito reddita est sensui, et aspexit astantes, me et fratrem meum, et ait nobis quasi quærentsimilis: «Ubi eram?» Deinde nos intuens mœrore attonitos, «Ponetis hic, inquit, matrem vestram.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XI.)

(2) «Ponite, inquit, hoc corpus ubicumque; nihil vos ejus cura conturbet; tantum illud vos rogo, ut ad Do-

ocupada únicamente en preparar su alma para la venida del Esposo. Examinóse tranquila y cuidadosamente, á fin de quitar el polvillo que se adhiere aun á las flores más bellas; y se esforzó cuanto pudo para que la fe, el amor, la esperanza, la humildad y el más completo desasimiento de las cosas de la tierra, llenasen completamente su corazón antes que llegare aquel á quien esperaba.

Mónica sufría dolores intensos, pero el dolor no es obstáculo á la transformación de las almas; al contrario, es obrero muy activo. El amor es más fuerte que el dolor y que la muerte, y cuando los tres trabajan de consuno en purificar y adornar una alma, adquiere ésta en pocas horas blancura y belleza incomparables.

Agustín presenciaba silencioso todo lo dicho. Un año atrás semejante espectáculo, para él incomprensible, le habría hecho sucumbir, pero de entonces acá en el hijo se había ingertado el cristiano, y en el cristiano había ya algo del sacerdote que iba á mostrarse luego. Así que, lleno de ternura filial y virilidad cristiana, Agustín no se separaba de su madre; y unas veces admirado, y otras lleno de dolor, seguía atentamente y ayudaba con su oración el maravilloso,

mini altare memineritis mei, ubi fueritis.» (*Confes.*, libro IX, cap. XI.)

aunque para él lamentable esfuerzo que iba á separar de la tierra á Santa Mónica.

Llena ésta de fortaleza, le animaba con sus miradas, y como, no obstante el sufrimiento, conociese que venía su postrera hora, y que necesitaba sólo un pequeño empuje, le daba gracias por su apoyo. Llamábale su buen hijo, y creyendo leer en su frente el disgusto que le causaba haber sido durante tantos años causa de sus lágrimas, le abrazó cariñosamente asegurándole que jamás pronunciaron sus labios palabra que pudiese mortificarla (1).

Pasaron así nueve días, al cabo de los cuales sonó la hora de la partida, añadiendo Dios un gran sacrificio á los dolores de sus últimos momentos. Mónica deseaba recibir la santa Eucaristía, como viático del largo viaje que iba á emprender; pero estaba tan mal su estómago, que fué preciso negarle este consuelo. A falta del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo toma una cruz en la máno, y hasta que exhaló el último suspiro, sus ojos la miraron sin cesar.

(1) «In ea ipsa ægritudine obsequiis meis inter blandiens, appelabat me pium, et commemorabat grandi dilectionis affectu, nunquam se audisse ex ore meo jaculatum in se durum aut contumeliosum.» (*Confes.*, libro IX, cap. IX.)

Orando silenciosa, llena de fe, olvidada de lo terreno, y feliz al pensar que iba la primera adonde más tarde se le uniría Agustín, dejaba ver sobre su rostro, cual sol que se pone en clara y esplendente tarde de verano, un reflejo de luz, de gozo y de tranquilidad.

Refiérese que en sus últimos momentos, como pidiese Mónica la Eucaristía que se le rehusaba por el mal estado de su estómago, apareció en su habitación un niño, semejante al que días antes encontrara Agustín á la orilla del mar, el cual aproximándose al lecho de la Santa, la abrazó, y que inmediatamente, cual si este niño la hubiese llamado, Mónica dejó caer su cabeza exhalando el último suspiro (1). Agustín, Adeodato, Navigio, Alipio y Evodio estaban de rodillas en torno del lecho, *cuando esta alma santa rompió las ataduras del cuerpo,* para volar al cielo. Era el noveno día de su enfermedad, el año cincuenta y seis de su nacimiento, el treinta y tres del de Agustín y un poco antes del 13 de Noviembre

(1) «Cum apud Ostia Tiberina infirmaretur, et sacramentum a nobis fideliter peteret, nec dolore stomachi vexata valeret retinere, visibiliter infantulus nocte media ad lectum Dei famulæ venit, eamque in pectore amplectens, anima illa sancta ad cœlum volavit.» *(Boll.,* die 4 Maii.)

(387); pero se ignora el día fijo en que esto tuvo lugar (1).

Al expirar Mónica, lanzó Adeodato un grito lastimero y se abrazó al cuerpo de su abuela, bañándola con sus lágrimas; mas se le hizo callar inmediatamente, pues siendo tal muerte un verdadero triunfo, no se quería deslucirle con el llanto. Apaciguado Adeodato, se arrodillaron todos para orar en silencio, mas Agustín no pudo reprimirse: sintiendo en su alma indecible dolor, y conteniendo á fuerza de energía los arroyos de lágrimas que venían á sus ojos, se levanta, se aproxima al lecho, mira detenidamente y contempla por última vez el rostro de su madre; y después de cerrar, lleno de gratitud, aquellos ojos que tanto habían llorado por él, huye de la estancia presuroso, no queriendo lanzar gemidos cuando, según la creencia y sentimiento cristiano, todo debiera respirar alegría (2).

Habiéndose esparcido entretanto por el pueblo la noticia de la muerte de Mónica, acudió á su morada gran número de cristianos y de piadosas mujeres. Hacía muy pocos días que la

(1) «Ego die nono ægritudinis suæ, quinquagesimo et sexto anno ætatis suæ, trigesimo et tertio ætatis meæ, anima illa religiosa et pia corpore soluta est.» *(Confes.,* lib. IX, cap. XI.)

(2) *Confes.,* lib. IX, cap. XII.